

ARTÍCULOS

De gladius et navium:
**Pertinencia de la distinción entre talasocracias y
telurocracias**

Lucas Tamargo

(Universidad de Oviedo)

Resumen: El presente trabajo teoriza la distinción entre Imperios telurocráticos y talasocráticos, estudiando la pertinencia de incorporar tal distinción en la teoría del Imperio del materialismo filosófico y poniéndola en contacto con elementos de dicha teoría. Como contextualización y para facilitar su desinfección, rastreamos su genealogía y las ideas con las que se vincula tratando por extenso a dos autores: Carl Schmitt y Aleksandr Dugin.

Palabras clave: Talasocracia; telurocracia; Carl Schmitt; Aleksandr Dugin; materialismo filosófico.

Abstract: This paper theorizes the distinction between telurocratic and thalassocratic Empires, studying the pertinence of incorporating such a distinction in the Empire theory of philosophical materialism and putting it in contact with elements of this theory. As contextualization and to facilitate its disinfection, we trace its genealogy and the ideas with which it is linked by dealing extensively with two authors: Carl Schmitt and Aleksandr Dugin.

Keywords: Thalassocracy; telurocracy; Carl Schmitt; Aleksandr Dugin; philosophical materialism.

SUMARIO

1. INTRODUCCIÓN.

2. TIERRA Y MAR DE CARL SCHMITT.

3. ALEKSANDR DUGIN: LA CUARTA TEORÍA POLÍTICA Y LA TEORÍA DEL MUNDO MULTIPOLAR.

a. Las tres teorías clásicas.

b. La cuarta posición.

c. El Nuevo Orden Mundial y su oposición.

d. Tierra y mar.

4. TALASOCRACIA Y TELUROCRACIA.

a. Trayectoria de los términos según el oráculo de California.

b. La talasocracia como tipo ideal.

c. La telurocracia como tipo ideal.

d. Casos intermedios: las «holocracias».

5. IMPERIOS GENERADORES-TELUROCRÁTICOS Y DEPREDADORES-TALASOCRÁTICOS.

6. EL PAPEL DE LA DISTINCIÓN EN LAS RELACIONES ENTRE IMPERIOS.

7. LA PRIMERA POSICIÓN TIENDE A LA DEPREDACIÓN, Y LA TERCERA Y LA CUARTA A LA GENERACIÓN... ¿O NO?

8. CONCLUSIÓN.

9. BIBLIOGRAFÍA.

1. INTRODUCCIÓN.

Allá por 2016 aparecía en España el libro *Proyecto Eurasia: teoría y praxis* de Aleksandr G. Dugin, de la mano de Hipérbola Janus, una peculiar editorial entre cuya oferta son populares escritos afines a la obra de Julius Evola o el propio Dugin, es decir, de una temática generalmente anti-imperialista, tradicionalista, en mayor o menor grado espiritualista y hostil hacia la «Modernidad». El libro es un conjunto algo ecléctico de escritos que sirve como manifiesto del Movimiento Eurasianista, incluyendo su historia, sus postulados fundamentales y su programa; se trata, sintéticamente, de una aplicación práctica de lo planteado en *La cuarta teoría política*.

En este libro Dugin emplea el término «telurocracia» como opuesto a «talasocracia», en una distinción entre dos tipos de imperios: los que se sustentan en el dominio del mar y los que optan por la expansión terrestre. Dicha distinción, que toma por bases el escrito de Carl Schmitt *Tierra y mar*, sería abrazada por la propia Hipérbola Janus, cuyos dos propietarios aprovechan el sitio *web* de la editorial a modo de blog, y por alguno de los autores por ella publicados, siendo por lo demás una rareza que no ha trascendido más allá de su nicho.

La teoría de Dugin, entre su eclecticismo, idealismo y algunos fragmentos que parecen pronunciados por un teólogo dado a la ayahuasca, no parece en principio demasiado aprovechable para el materialismo filosófico, pero no deja de ser un punto necesario por el que pasar por su relevancia en la acuñación del binomio de términos que nos proponemos tratar. Más interesante se nos ofrecerá Schmitt, aunque el alemán se centra sobre todo en las talasocracias y desatiende las telurocracias. Revisados ambos autores, veremos cómo encaja esta distinción dentro de la teoría geopolítica del materialismo filosófico, una vez descontaminada de tintes idealistas y vinculaciones gratuitas.

2. TIERRA Y MAR DE CARL SCHMITT.

El primer autor en ofrecer una visión geopolítica de la «Historia Universal» basada en la distinción entre imperios terrestres y marítimos es Carl Schmitt, en su libro *Tierra y mar*. Se trata de una obra de gran interés para el materialismo filosófico por tres razones:

- 1) Interpreta la «Historia Universal» en clave de dialéctica de Imperios.
- 2) Opone al Imperio británico y el español como imperios protestante y católico, respectivamente, e interpreta la «edad de oro de la piratería» como derivada de Trento.
- 3) Considera que es en el s. XVI cuando se descubre América, planteando como *conditio sine qua non* para que el descubrimiento sea tal el contar con una teoría de la esfericidad de La Tierra.

La teoría de la dialéctica de Imperios de Schmitt se centra en dos cuestiones: el medio —marítimo o terrestre— y la religión —catolicismo contra protestantismo. Respecto a lo primero, se toma por alegoría el *Libro de Job*, donde el mar es representado por Leviatán y la tierra por Behemot, que combaten entre sí dando una imagen similar a la del «bloqueo de una potencia terrestre por una potencia marítima, que corta a la tierra sus medios de aprovisionamiento para matarla de hambre». La lucha entre Leviatán y Behemot, entre imperios marítimos y terrestres, es una constante que se da a lo largo de toda la Historia:

Una potencia marítima dominadora de la isla de Creta expulsó a los piratas hacia la parte oriental del Mediterráneo y creó una cultura cuyo misterioso encanto nos ha sido revelado por las excavaciones de Cnossos. Un milenio más tarde, la ciudad libre de Atenas se defendió en la batalla naval de Salamina (480 a.C.) contra su enemigo «el persa, señor de mucho Imperio», tras muros de madera, es decir, sobre navíos, y merced a ese combate naval logró salvarse. Su propio poder sucumbió en la guerra del Peloponeso ante la potencia terrestre de Esparta, que, como tal potencia terrestre, no estaba en condiciones de unificar las ciudades y tribus helénicas y de regir un imperio griego. Roma, en cambio, que en sus orígenes fue república itálica de campesinos y mera potencia terrestre, se elevó a Imperio en lucha contra la potencia naval y mercantil de Cartago (Schmitt, C., 2007).

Un caso especial serían los Imperios de tipo *katechon* (dique), p.ej. el Imperio bizantino como imperio costero cuyo poderío naval estaba completamente dedicado a una férrea defensa que, a pesar de su relativamente escasa capacidad de iniciativa militar, consiguió garantizarle la supervivencia durante un largo tiempo. El de *katechon* es un término tratado en profundidad en otra obra de Schmidt, *El nomos de la Tierra en el derecho de Gentes del Jus Publicum Europaeum*, de una forma que trataremos más adelante.

Según Ernst Kapp los imperios marítimos han evolucionado a lo largo de tres etapas históricas:

- a) Periodo potámico: el de las culturas fluviales, el dominio de los ríos. Son los reinos mesopotámicos y Egipto.
- b) Periodo talásico: el de la cultura de los mares, el dominio de un mar cerrado. Son Grecia, Roma y las talasocracias medievales.
- c) Periodo oceánico: el de la cultura oceánica, el dominio del Océano. Se da tras el descubrimiento de América y la circunnavegación, y aquí debemos ubicar a España, Gran Bretaña u Holanda (Kapp, E., 1845).

Schmitt toma este esquema río-mar cerrado-oceano y lo aprovecha para periodizar las dos fases de la historia militar marítima —obvia el periodo fluvial para centrarse en el talásico y el oceánico, decisión razonable teniendo en cuenta la escasa relevancia de las embarcaciones armadas fluviales. Desde la Antigüedad hasta Lepanto las batallas no serían realmente navales

sino terrestres, pues lo que se hacía era hacer chocar las embarcaciones para abordarse mutuamente y librar combates cuerpo a cuerpo. Sería con el descubrimiento de América cuando se hace necesario contar con poderosas flotas capaces de competir en el dominio del ancho mundo y el mar pasa de ser el fondo del combate a ser su escenario, su *elemento*. Esto se vincula con un concepto acuñado por Schmitt, núcleo duro de este libro: el de «revolución espacial».

La concepción del «espacio» es un factor histórico-mutante, distinto según la época, la sociedad o incluso la persona de referencia; a nivel personal, no es lo mismo el espacio concebido por un campesino que no ha salido de su pueblo o el de un cazador de ballenas, y a nivel temporal no dibujarían un mismo mapa de la Tierra Julio César, Alfonso X y Benedicto XVI. Incluso, en una misma sociedad y momento, cada ciencia define el espacio de un modo distinto, hablándose de cosas distintas desde la física, la geometría, la psicología o la biología.

Se habla de «revolución espacial» cuando tienen lugar descubrimientos geográficos de tal calado que transforman la existencia histórica de las sociedades de referencia y la actividad histórico-política alcanza nuevas proporciones y dimensiones, alterando en fin el concepto mismo de «espacio». Como ejemplos de revoluciones espaciales pone Schmitt tres casos: el surgimiento del helenismo a partir de las conquistas de Alejandro, el Alto Imperio romano y las consecuencias de las cruzadas en la evolución de Europa.

Las conquistas de Alejandro Magno supusieron una revolución espacial que fusionó Oriente y Occidente, hasta entonces dos mundos separados, para dar lugar a la cultura helénica. La suma de los conocimientos de ambas partes dio lugar a importantes descubrimientos e invenciones en los campos de la técnica, la física y las matemáticas, con Alejandría como gran centro del saber, si bien estos conocimientos no trascendieron más allá de una minoría de intelectuales; esto se debe a que el mundo helenístico, por no haber incorporado ningún océano a su realidad existencial, no pudo hacer una revolución espacial planetaria.

Una segunda revolución espacial tiene lugar con el Imperio romano, comenzando a fraguarse cuando César toma las Galias y con ello expande el dominio de Roma hasta el Atlántico. A lo largo del s. I:

El horizonte visual se dilató por los cuatro puntos cardinales. Conquistas y guerras civiles habían trastocado el espacio desde España a Persia, de Inglaterra a Egipto- Lejanas comarcas y pueblos se pusieron en relación y sintieron la unidad de un destino político común (Schmitt, 2007).

Se logró dar unidad política a un vasto territorio que iba desde Lusitania hasta Armenia, se circunnavegó Arabia por el Sur, en tiempos de Nerón se envió una expedición a las fuentes del Nilo y, como dice Séneca, en pocos días era posible llegar a la India.

Con el paso a la Edad Media los reinos europeos se apartan, en su mayoría, del mar y se centran en la territorialización terrestre. El ámbito espacial europeo queda menguado hasta las cruzadas, cuando se retoma el lazo con el Próximo Oriente, y la Hansa por las buenas y la Orden Teutónica por las malas expanden el marco espacial europeo por el Norte; por estos medios se llega a la así llamada «economía mundial de la Edad Media». Esta revolución espacial va acompañada del intenso desarrollo artístico e intelectual bajomedieval y el renacer de las ciudades.

Estas tres revoluciones espaciales arriba mencionadas fueron dilataciones de ámbito limitado, tímidos precedentes de la primera revolución espacial planetaria que tiene lugar en los ss. XVI y XVII con el descubrimiento de América y la circunnavegación de la Tierra. Estos dos acontecimientos supusieron cambios radicales en la concepción espacial de los cinco continentes, fue la primera revolución espacial en afectar a todo el Globo y la de mayor profundidad.

Con el descubrimiento de América y la circunnavegación queda demostrada la esfericidad de la Tierra, y esto es lo más importante, pues junto con las teorías de Copérnico, Kepler o Newton altera la concepción espacial del mismo Universo. Que América hubiera sido visitada con anterioridad carece de importancia, pues para que esta toma de contacto supusiera una revolución espacial era necesario que el descubrimiento fuera anunciado y difundido:

Varias veces habían pisado tierra americana hombres procedentes de Oriente y Occidente. Los vikingos, desde Groenlandia, hallaron, como es sabido, hacia el año 1000, la América del Norte, y los indios que halló Colón debieron llegar a América de alguna parte. Pero América no fue «descubierta», sin embargo, hasta 1492 por Colón. Los descubrimientos precolombinos ni produjeron una revolución espacial planetaria ni tuvieron parte en dicho proceso. De lo contrario, no hubieran permanecido en México los aztecas y en el Perú los incas. Un buen día hubieran hecho, mapa en mano, una visita a Europa y, en vez de que los descubriéramos, nos habrían descubierto ellos a nosotros. Una revolución espacial no se limita solamente a un desembarco en parajes hasta entonces desconocidos. Supone además una transformación de los conceptos espaciales que abarca todos los aspectos y ámbitos de la existencia humana. La prodigiosa transformación que tuvo lugar al filo de los siglos XVI y XVII permite conocer su verdadero significado (Schmitt, 2007, 22).

Toda ampliación de la imagen de La Tierra va pareja al deseo de conquista de los nuevos territorios, y con el descubrimiento de América esto se dio a tan grande escala como revolucionario fue el descubrimiento. Todas las potencias europeas se lanzaron a la conquista del Nuevo Mundo, que era visto como un gran conjunto de tierras y pueblos sin dueño que correspondían al primero en reclamarlos. Como excusa para la conquista se puso primero la

cristianización de los indígenas, y en los ss. XVIII y XIX la tarea de extender la civilización europea a los pueblos no civilizados:

Los pueblos de Europa estaban de acuerdo, sin excesivas consideraciones metódicas, en considerar el territorio no europeo como suelo colonial, es decir, como objeto de conquista y explotación. Este aspecto del desarrollo histórico es tan importante que la época de los descubrimientos puede ser considerada igualmente, y acaso con mayor exactitud, como la época de las conquistas europeas de tierra (Schmitt, 2007, 24).

Mientras el catolicismo fue hegemónico en Europa la jurisdicción sobre el Nuevo Mundo no fue un gran problema, pues la autoridad papal era lo suficientemente fuerte para imponer lo decidido en Tordesillas; de este modo, todas las Tierras al Oeste del hemisferio marcado eran indiscutiblemente españolas, y Portugal quedaba contento con las rutas comerciales al Este de este punto y el dominio de Brasil. Esto por supuesto no gustó al resto de potencias, que hallaron la oportunidad de intervenir cuando la Reforma protestante les libró de la obligación de someterse a lo dictado por el Santo Padre:

Las restantes potencias ocupantes de tierras no se consideraban, sin embargo, ligadas por los acuerdos tomados por España y Portugal, y la autoridad papal no bastaba para infundirles respeto por el monopolio de conquistas detentado por ambas potencias católicas. Con la Reforma protestante se sustrajeron abiertamente a la autoridad del papa romano los países que abrazaron el protestantismo. La lucha por la conquista del Nuevo Mundo se convirtió de esta suerte en una lucha entre Reforma y Contrarreforma, entre el catolicismo mundial de los españoles y el protestantismo mundial de los hugonotes, de los holandeses e ingleses (Schmitt, 2007, 25).

En el contexto de enfrentamiento entre el Imperio español de Felipe II y el Imperio británico de Isabel I, el Sacro Imperio de Rodolfo II permanece como un *katechon*, situado a la defensiva sin tomar partido por ninguna de las dos potencias; fue capaz de ver que a su Imperio no interesaba perder energías en la pugna por el dominio de los mares. Fruto de esta posición «neutro-pasiva», el Sacro Imperio se convirtió en «el campo de batalla de una guerra ajena de conquistas transoceánicas sin ser partícipe de estas», esto es, la Guerra de los Treinta Años, que sobre suelo alemán enfrentó a los protestantes (Inglaterra) contra los católicos (España).

Dentro de los protestantes, hay una diferencia clave en lo que nos ocupa entre luteranos y calvinistas: mientras que los luteranos son de tendencia territorialista y continentalista, los calvinistas se inclinan por el mar. Así, en época luterana el Sacro Imperio perdió su poderío en el Báltico y se puso fin a la Hansa, mientras que Holanda bajo el calvinismo se convirtió en una potencia marítima.

Con las conquistas inglesas se traza un nuevo orden espacial planetario que divide claramente entre tierra y mar como dos mundos distintos, cada uno con sus leyes:

La tierra firme pertenece ahora a una docena de Estados soberanos; el mar, a nadie, a todos y, en realidad, a uno solo: Inglaterra. El orden de la tierra firme consiste en su división en territorios estatales; el mar, por el contrario, es libre, es decir, estatalmente libre y no sometido a la soberanía de Estado alguno (Schmitt, 2007, 28).

Esta división cobra especial relevancia cuando nos fijamos en la guerra, diferenciando guerra terrestre y marítima; ambas han sido siempre cosas distintas estratégica y tácticamente, pero con este cambio de paradigma las diferencias cobran incluso carácter jurídico.

Inglaterra entra tarde y despacio en el escenario marítimo: no cuenta con una política transoceánica hasta la fundación de la Compañía de Moscovia en 1553 y hasta 1570 no pasa el Ecuador; no obstante, sería el Imperio británico el que terminaría por hacerse con el dominio de los mares.

Parte de esto se debe a la decadencia de sus rivales: España y Portugal fueron perdiendo el control de las rutas marítimas, Holanda pasó en el s. XVIII a centrarse en el escenario terrestre, similar fue el caso de Francia tras la guerra contra los hugonotes y el Sacro Imperio estuvo ocupado con las guerras de religión.

No obstante, el factor clave fue que

En Inglaterra se operó, en un momento histórico totalmente diferente, una transformación elemental. Transfirió en realidad su existencia de la tierra al elemento marítimo; con ello no solamente ganó una porción de combates y guerras navales, sino también algo diferente e infinitamente superior: ganó una revolución y de las más grandes, una revolución espacial, de signo planetario (Schmitt, 2007).

Hay dos momentos en la concepción que Inglaterra tiene de su carácter de isla. En un primer momento, se compara con una fortaleza rodeada por un foso; se está dando protagonismo a lo terrestre, de forma que Gran Bretaña sería un trozo del continente europeo rodeado por un mar que actúa como foso. En un segundo momento se da protagonismo a lo marítimo, e Inglaterra pasa de ser un trozo del continente a integrarse con el medio marino, lo cual la convierte no ya en parte de Europa sino en un imperio de alcance mundial, tan europeo como asiático. En este segundo momento «el mundo inglés pensaba en puntos de apoyo y en líneas de comunicación. Lo que para los demás países era suelo y patria, lo consideraba él simple *hinterland*».

Es en tiempos de la reina Isabel cuando Inglaterra se convierte en una potencia naval. Si antes se había dedicado al comercio de la lana —principalmente con Flandes como cliente—, ahora

sus ganancias provienen del saqueo y el contrabando; se inicia un «capitalismo de corsarios», con piratas que obtienen ricos botines —en gran parte obtenidos con el asalto a barcos comerciantes españoles— de los que participan todos los ingleses. A mediados del reinado de Isabel era más la proporción de barcos ingleses dedicada a la piratería y el contrabando que al comercio legal. Un ejemplo de corsarios-capitalistas está en la familia Killigrew, que aunaba una tradición familiar de piratas con el ejercicio de importantes cargos administrativos. Contaban con una base fortificada en Arwenack (Cornualles) desde donde organizaban asaltos y correrías, además de ganar dinero con la venta de favores e influencias gracias a su buena posición en el aparato estatal.

La época dorada de la piratería tiene lugar entre 1550 y 1713, desde los albores de la Reforma hasta la paz de Utrecht. Si bien a partir de Utrecht el pirata es un mero criminal sin relevancia histórica, en los ss. XVI y XVII los corsarios son combatientes activos en los enfrentamientos entre el Imperio español y el inglés.

Mientras Inglaterra avalaba la piratería concediendo patentes de corso, en España era más duramente castigada, no escatimando en ahorcamientos. Por ello,

Todos esos bucaneros, rochelenses y mendigos tienen un enemigo político: el Imperio español católico. Mientras no se desmandan, capturan solamente buques católicos y lo hacen con la tranquila conciencia de quien practica una buena acción, bendecida por Dios. Forman así parte de un gran frente histórico, el del protestantismo mundial contra el catolicismo mundial de la época (Schmitt, 2007, 15).

3. ALEKSANDR DUGIN: LA CUARTA TEORÍA POLÍTICA Y LA TEORÍA DEL MUNDO MULTIPOLAR.

Las bases teóricas del pensamiento duginista están planteadas en *La cuarta teoría política* (Dugin, A. G., 2013), libro al cual acudiremos para la mayor parte de este apartado. Tan solo para hablar de la distinción entre talasocracia y telurocracia manejaremos *Proyecto Eurasia* (Dugin, A. G., 2016), que aparte de esta cuestión no aporta mucho más que no se haya dicho ya en la primera obra.

Avisamos de antemano de que este apartado es exclusivamente expositivo de los planteamientos de Dugin. Nos abstenemos pues de contraponerlos con lo dicho por Bueno en *La vuelta a la caverna*, *El mito de la izquierda*, *El mito de la derecha*, *El mito de la cultura* o el *Ensayo sobre las categorías de la economía política*, pues aunque sería un ejercicio muy fructífero para triturar el sistema del autor ruso su extensión exigiría un trabajo aparte.

a. Las tres teorías clásicas.

Para Dugin la Modernidad es la era de las ideologías, todo se reduce a lo político, y «la Historia es siempre la historia de unas ideas y sus choques»; al final de una era se impone siempre la ideología más adecuada para su tiempo. Las ideologías que entrarían en conflicto en la Modernidad son tres:

- a) Primera posición: Democracia liberal, tanto de izquierdas como de derechas. Tiene como sujeto de su teoría al individuo.
- b) Segunda posición: El marxismo y sus derivados. Tiene como sujeto de su teoría a las clases.
- c) Tercera posición: Fascismo y nacionalsocialismo. Tienen como sujeto de su teoría a la raza y al Estado, respectivamente.

Se da nombre a estas corrientes por el orden en que aparecen. Primero surgiría la 1P, en el s. XVIII, con la formación del pensamiento capitalista y la abolición del Antiguo Régimen; en el s. XIX, a partir de Marx, surgiría la 2P como contestación a la 1P, para acabar muriendo con la descomposición de la Unión Soviética. La más efímera sería la 3P, que nace y muere en la primera mitad del s. XX. Se impondría así la 1P, lo cual demuestra que representa la esencia de la Modernidad.

Al quedar solo la 1P la política, que era el eje principal de la Modernidad, pierde todo su valor, pues no queda ninguna alternativa a la democracia liberal; se adopta pues como nuevo eje la economía: ya sin enemigos el liberalismo deja de lado la política y pasa de centrarse en las ideas a centrarse en las cosas. Superadas la segunda y la tercera posición, cambiado el eje y generalizado el espíritu de la 1P, la Modernidad da paso a la Postmodernidad, caracterizada por la homogeneización cultural del imperialismo occidental, y donde la distinción izquierda-derecha desaparece, cabiendo solo dos posiciones: la conformidad (centro) y la disconformidad (periferia).

b. La cuarta posición.

En esta nueva era Dugin propone una cuarta posición que se opone a la 1P y a la Postmodernidad, busca la holización del mundo moderno, cambiar el orden estructural, el *statu quo*; en una época en que no existe la política -entendida esta como presentar vías alternativas-, la solución es rechazar las teorías políticas clásicas y crear algo nuevo. Su sujeto es el *Dasein*, la esencia de cada cultura —una suerte de *Volksgeist*—, y frente al imperialismo de la 1P propone un mundo multipolar que deje espacio a áreas culturales más o menos autónomas, cada una con sus costumbres, sus valores y su sistema político y económico. Para lograr esto los distintos *Dasein* deben coordinarse para acabar con la Postmodernidad, a través de un camino que pasa por tres fases: unidad en la negación (de la Postmodernidad) (1); pluralidad en

la afirmación (del *Dasein*) (2); pregunta abierta sobre el horizonte superior de la unidad eventual de las afirmaciones (3).

Rusia es un campo de cultivo propicio para la 4P: se rechaza el liberalismo, la incorporación a la comunidad internacional se ve como una amenaza a la identidad rusa, pero el retorno a la segunda o tercera posición se considera anacrónico; estas ideologías se han demostrado incapaces de resistir al liberalismo.

No es que el liberalismo sea malo de base: su victoria demuestra que era el sistema adecuado para la Modernidad; no obstante, con la globalización se ha vuelto perjudicial para el mundo del s. XXI, y es momento de efectuar el relevo. Dugin sigue aquí una rueda de la Historia al estilo de Marx.

En la era postmoderna el sujeto de la 1P pasa de ser el individuo al objeto; la 4P opone la idea —el *Dasein*— frente a la materia, y su avance no depende de un proceso histórico impersonal, sino del rechazo de cada individuo hacia la Postmodernidad.

Entre los problemas de la 2P y la 3P se halla su ortodoxia inflexible, llevando en el caso de la primera a la disgregación interna en múltiples células opuestas entre sí y en el caso de la segunda a una represión excesiva que dio fuerza a la disidencia. Otro punto común, este a las tres posiciones, es su rechazo a la religión, con el matiz de que el postmoderno no es hostil hacia ella, solo indiferente, e incluso se interesa por ella como ficción. Desaparecida la oposición la religión resurge, se olvida la muerte de Dios; al igual que el ateísmo de la Modernidad ya no es obligatorio, tampoco lo es la teología, y la 4P puede adoptar los valores religiosos dejando de lado la mitología.

La 4P opta por el conservadurismo, el retorno al estadio previo a la Modernidad, en oposición al progresismo dominante, pero un conservadurismo edulcorado, pues los elementos que componen las tres teorías clásicas -sistemas filosóficos, grupos, metodologías explicativas- pueden emplearse en la construcción de la 4P en una triple holización sintética.

De la 3P se toma el *Ethnos*, que perfectamente puede equipararse con el *Dasein*. La demonización de la 3P es culpa del racismo nacional-socialista, cuya negatividad se extiende a toda la 3P bajo el calificativo universal de «fascismo»; la 1P cae en la contradicción de condenar el racismo cuando la propia idea de globalización unipolar es racista. La 4P niega la superioridad de unas culturas sobre otras, pero toma el *Ethnos*, el concepto de comunidad de lengua, religión, vida cotidiana, recursos y objetivos.

De la 2P, si bien «reduccionismo materialista y determinismo económico constituyen los aspectos más repulsivos del marxismo,» se aprovecha la descripción y crítica de la 1P. El marxismo es una herramienta sociológica útil para analizar el funcionamiento del capitalismo.

De la 1P se puede aprovechar la idea de libertad, pero no del individuo, sino de la cultura, la sociedad y el *Dasein*. La libertad de cada cultura frente al imperialismo. En consonancia con la idea de libertad, la 4P no debe ser dogmática; es conveniente que deje espacios sin definir, siendo una teoría abierta (diríamos nosotros, indefinida y nematológica).

Las tres posiciones clásicas mantienen presente la idea de progreso, teleologismo que es rechazado por la 4P. Un proceso monotónico es un proceso de constante aumento; según G. Bateson estos no se dan en la naturaleza, son antibiológicos, y tampoco pueden darse en los dispositivos mecánicos, que deben regular o limitar su potencia; son procesos imaginarios, sin reflejo material, y por tanto tampoco pueden darse en la sociedad. En base a todo esto Dugin defiende el relativismo cultural, ninguna cultura está más desarrollada que otra, y acusa que la «modernización» se asocia a un proceso monotónico, por lo que la 4P debe rechazarla por ir contra el orden operatorio y posicionarse como conservadora; no se propone no obstante una regresión absoluta, sino selectiva, pues «hay muchas características de nuestro pasado cronológico que son agradables y muchas que no lo son».

c. El Nuevo Orden Mundial y su oposición.

El Nuevo Orden Mundial es un sistema de relaciones internacionales que deja atrás el modelo de Westfalia y está aún en construcción. EEUU podría quedar posicionado a largo plazo en tres posibles modelos:

- a) Creación de un imperio americano propiamente dicho, con un núcleo consolidado y una periferia dividida y agitada.
- b) Creación de una unipolaridad multilateral en que EEUU colabore con potencias aliadas.
- c) Creación de un gobierno mundial en el que se disuelvan las naciones.

Los neoconservadores tienen fe en la constitución del Nuevo Siglo Americano. Los multilateralistas hablan más bien de una hegemonía de Occidente como bloque de aliados de EEUU.

Entre los opositores a la globalización se cuentan dos categorías:

- a) Estados exitosos que se oponen al imperialismo, con cuatro posibilidades: los que intentan adaptarse a las normas occidentales sin perder su soberanía (1); los que admiten cooperación con EEUU sin que este interfiera en sus asuntos internos (2); los que filtran los elementos de la cultura occidental que son compatibles con la suya (3); y los que se oponen directamente a EEUU (4).

b) Grupos, movimientos y organizaciones subnacionales que se oponen a la dominación estadounidense, por razones ideológicas, religiosas o culturales.

Los Estados carecen de visión e ideología, los movimientos alternativos de infraestructura y recursos; sería necesaria pues una alianza entre ambos. El tradicionalismo se opone a absolutamente todo lo relacionado con la Modernidad y desea volver de forma pura al estadio previo; este es un extremo a evitar, pero es necesario estudiarlo para entender el conservadurismo. Los fundamentalistas son conservadores y puristas respecto a una religión (Islam, puritanos, &c.).

Los conservadores liberales están de acuerdo con la tendencia general de la Modernidad, pero tratan de ralentizarla; se oponen frontalmente a los izquierdistas, y quieren avanzar «por medio de la evolución, no de la revolución.» No son conscientes de la muerte de la 2P y temen su regreso, llamando comunismo a lo que no lo es.

Otro tipo de conservadurismo es el de la Revolución Conservadora, «conjunto de ideologías y filosofías políticas [que] considera dialécticamente el problema de la correlación entre el conservadurismo y la modernidad». Para ellos el pasado que defienden los tradicionalistas ya contaba con el germen de su decadencia, y volver a él de forma pura sería repetir el proceso que ha llevado a la Modernidad. Se resume su postura en «el presente es asqueroso pero hay que vivirlo, seguir adelante, sacar de él su fin último».

El movimiento contra la globalización es aún débil y poco sistemático, sin una ideología clara, abarcando tres niveles:

- a) Izquierdismo occidental de escasa envergadura.
- b) Gobiernos que no quieren ceder al control externo.
- c) Religiones tradicionales, especialmente el Islam.

En el mundo multipolar se contempla la creación de «grandes espacios», globalizaciones regionales que agrupen países de una misma civilización, como es el caso de la Unión Europea. Siguiendo la clasificación de Huntington las distintas civilizaciones serían: Occidental; Confuciana (China); Japonesa; Islámica; India; Eslava-ortodoxa; Iberoamericana; Civilizaciones africanas. La eslava-ortodoxa coincide con Eurasia, que va un poco más al Este de Ucrania, siendo este estado inviable y frágil que quedaría abarcado por el *Dasein* de la Gran Rusia.

Dentro de Europa, se distinguen dos identidades: la atlantista, simbiótica con EEUU, Inglaterra y Europa del Este, y la continental, que busca fortalecer a Europa como potencia geopolítica independiente. Francia, Alemania, Italia y España.

d. Tierra y mar.

Dugin hace una equivalencia en la que Occidente se asocia con las talasocracias y con el «Capital», y Oriente con las telurocracias y con el «Trabajo». En el s. XX la dialéctica entre estos dos tipos de imperios alcanza escala planetaria, dando lugar por un lado a EEUU y la OTAN y por otro a la URSS y el pacto de Varsovia.

Un término medio entre estos dos modelos se habría dado en los años 30 y 40 con el Eje, que desde una ambigua posición centroeuropea —al menos en el caso de Alemania— se oponía tanto a la expansión soviética hacia Europa Oriental como al proyecto capitalista de la Europa Occidental —excluyamos a España— y EEUU. La derrota de Hitler la achaca Dugin a esta situación geopolítica hostil hacia ambos frentes pero sin el sustento de una fuerza suficiente para lidiar con ellos simultáneamente.

En su definición de la dialéctica entre talasocracias y telurocracias Dugin acude al concepto de *katechon* tal como lo trata Schmidt. Se trata de un término de origen bíblico, empleado para referirse al impedimento material propiciado por Dios para frenar el avance del mal, en tiempos medievales como un simple bloqueo de resistencia mientras se espera la llegada del Juicio Final. A partir de la Modernidad, según indica el alemán, esta labor de salvación y de lucha contra el mal se traslada al plano político, asociándose a Imperios con una misión histórica, o como diría Turner un «destino manifiesto». Los ejemplos paradigmáticos de *katechon* entre los seguidores de Schmidt suelen ser dos: el Imperio español y el SIRG.

Dugin, partiendo de aquí, considera a las telurocracias con sus valores tradicionales como *katechon* contra el caos de las talasocracias. Se opone la estabilidad del medio terrestre, con los ciclos regulares del trabajo de la tierra, la posibilidad de delimitar fronteras estables y la jerarquía resultante de las relaciones de posesión y trabajo de la tierra, con lo caótico de un medio marítimo imposible de controlar, cambiante y propio de Imperios comerciales de valores individualistas. Y de esta interpretación de Dugin es de donde Hipérbola Janus toma la distinción, atribuyéndola a Schmidt por la autoridad de su nombre cuando realmente se trata de una aplicación trasnochada y ciertamente interesada de un espiritualista ruso que busca materiales que incorporar a un sistema más o menos difuso que nace con el fin de atacar al imperialismo estadounidense (no es el razonamiento el que lleva a la conclusión, sino que se parte de la conclusión para elaborar un razonamiento que permita defenderla).

4. TALASOCRACIA Y TELUROCRACIA.

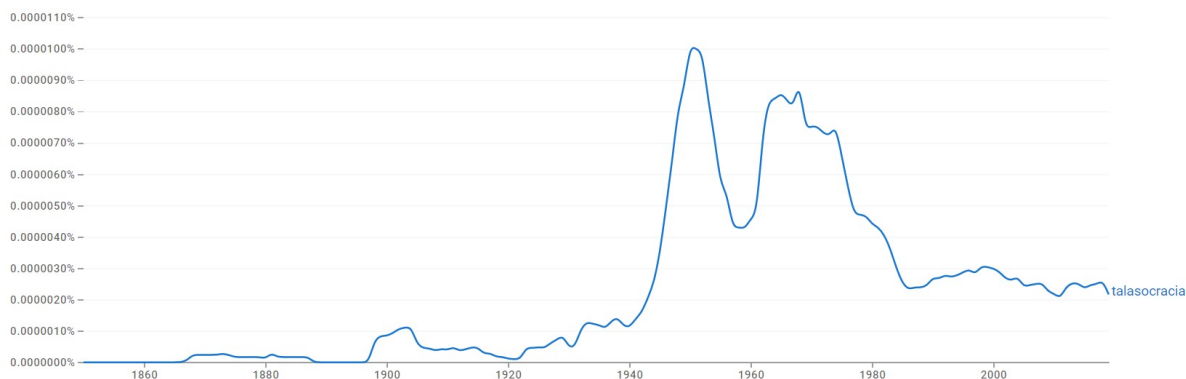
a. Trayectoria de los términos según el oráculo de California.

Si consultamos Google Ngram para una horquilla cronológica entre 1500 y 2019, observamos que los primeros usos del término «talasocracia» en castellano se dan tímidamente a lo largo de la segunda mitad del s. XIX. Se da una notable tendencia alcista durante la posguerra que

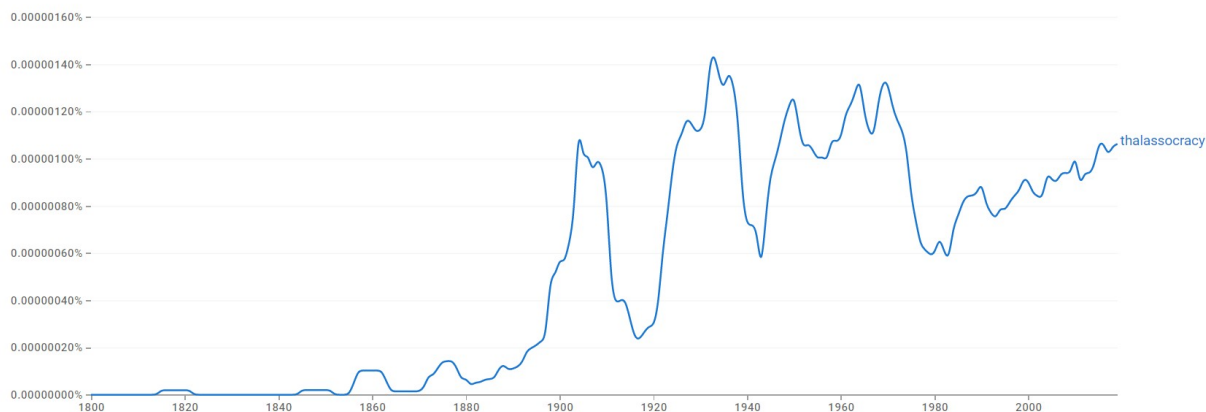
μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

culmina en 1950, para seguir con un también agudo descenso en los ocho años siguientes continuado por el canto del cisne, que tras el pico de 1967 deja paso a una caída que en la segunda mitad de los 80 se estabiliza en torno a los niveles actuales.



Más inestable es el resultado de su equivalente inglés, *thalassocracy*. El término empieza a asomarse en fechas similares al caso hispanohablante, pero halla ya su primer despunte en la primera década del siglo pasado; cae hasta ca. 1915, para seguir con una pronunciada tendencia alcista hasta los primeros 30. Tras un nuevo descenso que termina en los albores de los 40, llega rápidamente a una buena posición que con altibajos se mantiene hasta los 70, que abren paso a una caída. Tras una modesta recuperación en los 80-90, el uso del término ha ido popularizándose moderadamente hasta nuestros días.

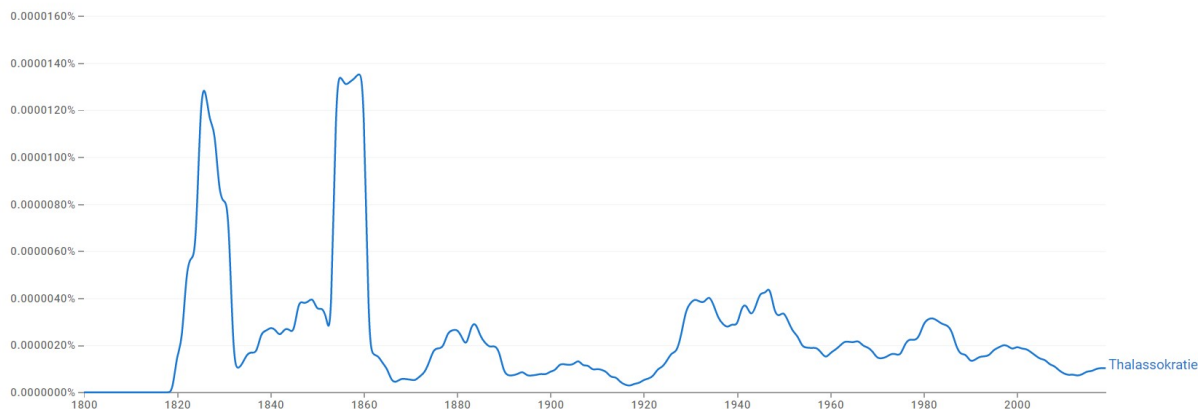


En tierras germanas el término (*thalassokratie*) aparece con un *boom* bastante llamativo entre 1818 y 1825, para seguir con una también pasmosa caída hasta el 33. Se va dando un crecimiento moderado hasta que en el 53 vuelve a experimentar una subida pasmosa, para caer en el olvido con el fin de la década. Salvando un bajón de la década de 1890 a 1920, desde

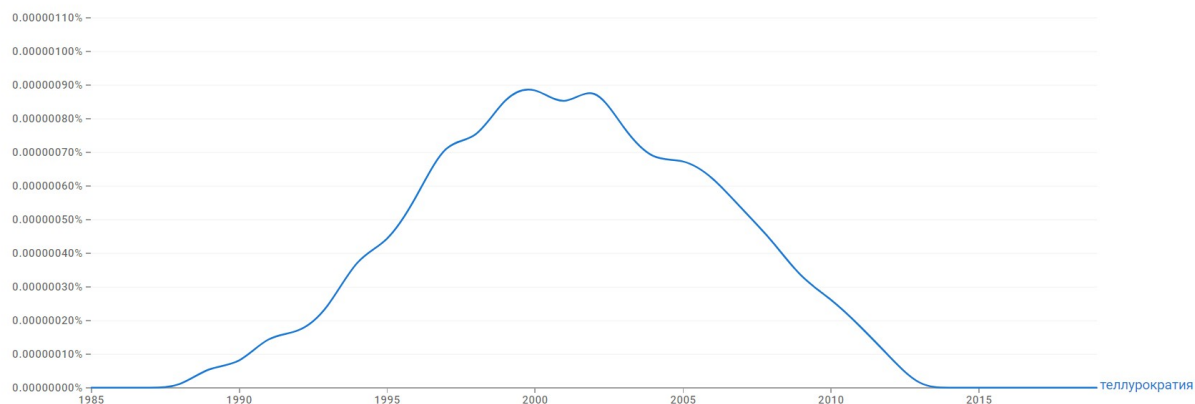
μετάβasis

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

entonces se ha mantenido en unos niveles moderados tirando a bajos, y hoy en día su uso es escaso.



Más simple es la trayectoria de su ausente hermano, «talasocracia». La base de datos de Google Ngram no da fe de su existencia en español, pero sí en ruso (теллурократия). Los primeros usos registrados datan de la segunda mitad de los 80, e inician un recorrido que dará lugar a una gráfica en forma de monte: notable pero no radical alza hasta la meseta de los 90, para seguir con una caída amortiguada que termina con la extinción del término en torno a 2012, coincidiendo con la publicación del libro de Dugin.



b. La talasocracia como tipo ideal.

El de «talasocracia» es un término con larga tradición en la historiografía, refiriéndose a imperios basados en el dominio del mar. Schmidt pone por ejemplo el Imperio británico, pero tal vez el caso más puro sea el de las ciudades minoicas, que sin extenderse en ningún momento más allá de su isla destinaban todos sus recursos militares a la defensa marítima, y

todo parece indicar que tenían unas relaciones comerciales fluidas con su entorno. También aquí se enmarcaría el Imperio portugués, magnífico ejemplo por la naturaleza de su relación con África y Extremo Oriente.

Tal vez su rango más distintivo sea el no buscar un control directo de las colonias o los territorios con que se vincula. Lo que mueve a estos imperios es el comercio, pudiendo como mucho fundar alguna colonia para la extracción de recursos o un puerto, pero sin intereses tierra adentro.

c. La telurocracia como tipo ideal.

La palabra «telurocracia» es un artificio formado por la unión de dos palabras de distinta lengua: el latín *tellus* (tierra) y el griego *kratos* (poder). La idea aparece ya implícita en el libro de Schmidt, pero quien acuña el término es Dugin, tratándose de imperios que bien por no contar con acceso al mar bien por no estar interesados en el desarrollo marítimo, se centran en la expansión terrestre.

Si las talasocracias dan importancia a los comerciantes, en las telurocracias los protagonistas son los soldados, pues a diferencia de su alternativa estos imperios tienen unas fronteras que atender y un territorio más amplio para administrar. Si en las talasocracias el comercio consistía en barcos que, en caso de necesidad mediante escolta naval, iban de un puerto a otro, en las telurocracias hay carros y caravanas que van de una ciudad a otra, en caso de necesidad con la protección de soldados.

d. Casos intermedios: las «holocracias».

Si bien consideramos que la distinción entre talasocracias y telurocracias puede ser de provecho para la comprensión de la Geopolítica histórica, hay que matizar que se dan multitud de casos impuros, por lo que tal vez sea mejor hablar del «momento talasocrático» y el «momento telurocrático» de cada Imperio, dándose ambos en mayor o menor medida en todos los casos; si pesa más el primero podemos hablar, aplicando brocha gorda, de una talasocracia, y si pesa más el segundo se puede hablar de su opuesto.

En todo caso, no deja de haber ejemplos problemáticos, como es el caso del Imperio español o el Imperio romano. En el caso del segundo, cierto es que la expansión fue fundamentalmente territorial, y de una magnitud muy importante, con un cierre cortical bien definido; no obstante, esto no exime de un componente talasocrático que se encuentra en las redes comerciales, importantísimas no solo para el desarrollo económico del Imperio sino también para la configuración de sus categorías culturales y su extensión hacia zonas que no estaban integradas en sus fronteras, como la India.

En cuanto al Imperio español, el momento talasocrático está en la necesidad de contar con un dominio de las rutas marítimas muy bien asentado para garantizar el tráfico seguro de personas y mercancías entre la Península y América, dado el peligro de la piratería inglesa. No obstante, una vez en América España sigue un modelo telurocrático de dominio del territorio, basado en la reproducción de lo que se había puesto en práctica durante siglos en el proceso de Reconquista.

En estos casos, en los cuales no es posible optar de forma clara por ninguna de las dos alternativas, proponemos romper con el dualismo y ofrecer una tercera opción intermedia: la holocracia. Esta categoría, acuñada por nosotros y distinta de lo que en el mundo empresarial significa, serviría para referirse a imperios que se fundamentan de forma igual o similar tanto en el dominio marítimo como en el terrestre. No basta, advertimos, que se puedan detectar elementos tanto talasocráticos como telurocráticos para emplearla, pues en ese caso casi todos los imperios serían holocráticos; es necesario que la proporción de importancia de cada parte sea la suficiente para que el imperio de referencia no encaje en ninguna de las otras dos categorías.

5. IMPERIOS GENERADORES-TELUROCRÁTICOS Y DEPRADADORES-TALASOCRÁTICOS.

A grandes rasgos, puede parecer que los imperios telurocráticos tienden a un mayor peso de su momento generador, y los talasocráticos del depredador, con todos los puntos medios que se quieran al hablar de imperios que mezclan ambos modelos. Véase el caso del Imperio alejandrino, telurocrático al igual que lo fue el chino o el romano, frente a talasocracias como el Imperio británico. Puede plantearse el problema del Imperio español, mayormente generador y aparentemente talasocrático por la separación entre metrópoli y colonias, aunque lo cierto es que su actividad generadora en América se da en el marco de una expansión telurocrática con control firme, directo y extenso del territorio.

Esta es la teoría que deja traslucir Dugin. No obstante, y a pesar de esta primera apariencia, la equivalencia no puede sostenerse al menos en la fórmula «las talasocracias son depredadoras y las telurocracias generadoras». Encontramos telurocracias como el Imperio mongol de Gengis Khan, más preocupado por el pillaje que por la reproducción de instituciones, y talasocracias como el Imperio portugués, que esclavismo africano aparte llevó a cabo una importante labor generadora en Brasil. Ciertamente es que el modelo talasocrático se ofrece como el más apropiado para imperios que solo busquen establecer redes comerciales por las que hacer fluir las materias primas explotadas, no viéndose interesados por cuestiones que requerirían un control real, expansivo y corticalmente bien cerrado de las zonas colonizadas, pero trazar a partir de esto un silogismo universal es un simplismo; más bien, debemos ver aquí un silogismo particular aunque con una cierta tendencia a la afirmación.

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

De este modo, separando las distinciones generador/depredador y talasocracia/telurocracia/holocracia, cuando analicemos un Imperio debemos considerarlas como variables distintas y no combinables de la tabla clasificatoria:

	Generador	Depredador
Talasocracia	Fenicia	Imp. británico
Telurocracia	Imp. chino	Imp. de Gengis Khan
Holocracia	Imp. español	Imp. japonés

6. EL PAPEL DE LA DISTINCIÓN EN LAS RELACIONES ENTRE IMPERIOS.

Una de las principales utilidades de distinguir entre talasocracias y telurocracias se halla en la posibilidad de localizar y contraponer los intereses geopolíticos de cada Imperio: de esta forma, dos talasocracias o dos telurocracias, por buscar el control del mismo medio, chocan al contraponerse sus intereses, mientras que una talasocracia y una telurocracia se complementan mejor de cara a una alianza.

Es una cuestión que se entiende bien mediante el ejemplo, y uno de los más ilustrativos que se nos vienen a la cabeza se remonta a principios del s. XIX. En su libro *Madre Patria*, Marcelo Gullo (Gullo, M., 2021) marca a Fernando VII como principal responsable de las guerras de independencia americanas, ya que durante su cautiverio en Bayona agentes ingleses le ofrecieron trasladarle a América, y la respuesta de este fue no solo rechazar el ofrecimiento sino además denunciar a estos agentes ante Napoleón. Para Gullo, si Fernando hubiera aceptado el ofrecimiento se habría evitado el vacío de poder en unas Indias que si estaban unidas a la península era por compartir un mismo rey, y se habría evitado o cuanto menos aplazado la desintegración del Imperio.

Un importante argumento contra la tesis de Gullo lo hallamos en la Historia comparativa, pues precisamente Portugal aceptó la misma oferta y llevó a la familia real a Brasil, decisión que para autores como Loris Zanatta (Zanatta, L., 2012) fue positiva por evitar el distanciamiento con la colonia y permitir que su integridad territorial se mantuviera hasta finales de siglo. No obstante, no se debe silenciar, como ha señalado Tulio Halperin Donghi (Halperin Donghi, T., 2013, 130-4), que la ayuda inglesa no fue gratuita, pues le costó a Portugal el precio de conceder a Inglaterra unos privilegios económicos en Brasil que superaban a los de la propia metrópoli, y cuando fue necesario volver a Lisboa la insurrección de unos brasileños que no querían volver a ser gobernados desde la península fue inevitable. En este estado de cosas, y aquí se demuestra la potencia de las categorías que venimos manejando, habría que ver qué interesaba más a Fernando VII geopolíticamente: si aliarse con una Inglaterra que estaba esperando el momento de forzar el librecambismo en América, o con una Francia que en tiempos de Napoleón era la primera potencia terrestre europea y en lo marítimo no tenía

rivalidad con España. El que España fuera una talasocracia y Francia una telurocracia, en definitiva, hacía compatibles sus intereses, mientras que una alianza entre dos talasocracias como eran España e Inglaterra presentaría el problema de la confluencia en sus intereses, razón por la cual Fernando VII se inclinó por el mar menor y prefirió que le cortaran una mano (someterse a una Francia que con suerte podría ser una poderosa aliada) antes que los dos brazos (entregar América como fuente de recursos para el Imperio depredador británico).

De los precedentes nada confiables de Inglaterra, y que hacían impensable aceptar la oferta, nos informa de hecho el propio Gullo, quien traza una acertada teoría según la cual los ingleses lograron su prosperidad gracias a un fuerte proteccionismo, restringiendo la importación y trayendo holandeses para que industrializaran Inglaterra para después restringir la exportación de materias primas, lo que perjudicó a Flandes; no obstante, una vez alcanzó una posición fuerte, lo más conveniente para Inglaterra era el librecambismo, tanto para ella como para los demás, pues quienes sin estar preparados lo adoptaran dejarían de ser una amenaza por imposibilitar un desarrollo a través del proteccionismo.

Teniendo esto en mente, pasamos a explicar la situación de Hispanoamérica en la Modernidad, siempre siguiendo a Gullo. La piratería inglesa obliga a España a dar protección militar a sus barcos y mandar solo dos al año, lo que obliga a América a autoabastecerse mediante la creación de un cinturón protoindustrial desde Bogotá hasta Córdoba (Argentina), con diversos sectores productivos, como la cría de mulas cuyo transporte se aprovecha para llevar mate a Perú y volver con textiles. Este autoabastecimiento hace recomendable un proteccionismo, pero hay en torno al Río de la Plata una serie de ciudades oligárquicas insignificantes culturalmente (Buenos Aires, Bogotá, &c.) que viven del contrabando y se muestran favorables del libre comercio; los proteccionistas (prohispanos) defienden una unidad política, mientras que las ciudades oligárquicas (proinglesas) solo están interesadas en el territorio abarcado por su red de contrabando, queriendo crear un pequeño estado por cada red, lo cual se explica porque Inglaterra, además de apoyar el libre comercio en América para inhibir su desarrollo industrial y permitir a Inglaterra mantener su poder, también predica la diversidad de nacionalismos en América para garantizar su debilidad, y hace poco tentadora para las ciudades oligárquicas una alianza con España al estimular la Leyenda Negra.

En fin, dado este panorama geopolítico, tal vez «el rey felón» tuviera una visión más aguda de lo que suelen creer quienes, de un modo un tanto simplista, le tachan de oportunista y de humillarse ante Napoleón. Y la clave para esta desinfección de su figura y aclaramiento de las compatibilidades e incompatibilidades por las que se guio, nos atreveríamos a decir, está en la distinción entre Imperios talasocráticos y telurocráticos.

7. LA PRIMERA POSICIÓN TIENDE A LA DEPRDACIÓN, Y LA TERCERA Y LA CUARTA A LA GENERACIÓN... ¿O NO?

Dugin, como no podía ser de otra forma, hace una vinculación entre las posiciones políticas y la distinción que venimos tratando, de modo que la primera posición tiende a ejercer un imperialismo talasocrático y la tercera y la cuarta telurocrático. Tal afirmación, además de ser discutible (entre otras cosas porque la cuarta posición aún no ha contado con una materialización que permita observar sus inclinaciones), no resiste a la crítica que desde un primer momento se puede hacer a la teoría de las cuatro posiciones de Dugin, que cae en el enfrentamiento con tres libros de Bueno: *El mito de la izquierda*, *El mito de la derecha* y *La vuelta a la caverna*.

No es este lugar para tal confrontación, digna de un trabajo aparte: simplemente abrimos esta vía para que sea tratada en un futuro bien por nosotros mismos (aunque no nos atrevemos a hacer promesas) bien por quien esté dispuesto a ello, y de hecho agradeceríamos enormemente tal ayuda. Por el momento, dejamos que sea el lector quien, cotejando estas obras con la semblanza que aquí hemos dado de Dugin (o preferiblemente con *La cuarta teoría política* directamente) localice las incompatibilidades: la caída en el mito de la Globalización como fenómeno totalizante, sin distinguir las múltiples globalizaciones y las mecánicas por las que se mueve cada una (en *symploké* entre ellas); la reducción de las seis generaciones de la Izquierda y las tres modulaciones de la Derecha a un esquema tripartito que mezcla, confunde y simplifica las cosas; el megarismo cultural en que se incurre al proponer las culturas como bloques cerrados que se pueden aislar los unos de los otros... La lista suma y sigue, pero creemos haber dado las coordenadas suficientes para orientar el asunto y poder afirmar, al menos por el momento, que no es posible integrar en la teoría geopolítica del materialismo filosófico el esquema de las tres posiciones políticas.

8. CONCLUSIÓN.

Partiendo de las obras de Carl Schmitt y Aleksandr Dugin, y empleando como tamiz para filtrarlas el materialismo filosófico de Gustavo Bueno, hemos estudiado el origen, las vinculaciones y la pertinencia de la distinción entre talasocracias y telurocracias. Tras este análisis, creemos que el binomio puede ser de utilidad con varias condiciones: la primera, convertirlo en trinomio con la incorporación de las holocracias; la segunda, desligarlo de su conexión con la teoría de Dugin, incompatible con la de Bueno; la tercera, negar su equivalencia fija con la distinción entre imperios generadores y depredadores, de forma que ambos grupos de variables admitan todas las combinaciones posibles.

Este trabajo, en todo caso, se limita meramente a plantear las bases de la teoría. Comprobada la validez del criterio propuesto, queda seguir profundizando en su definición y aplicarlo a diferentes momentos y sociedades, lo cual abre una amplia línea de investigación y arroja una luz novedosa sobre otras tantas. No es algo que podamos afrontar en solitario, por lo que

Más allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

llamamos a la confección de estudios que dejen el que aquí nos ocupa como una primera aproximación superada.

9. BIBLIOGRAFÍA.

Bueno, G. (2004). *La vuelta a la caverna*. Madrid: Ediciones B.

Bueno, G. (2019). *España frente a Europa*. Oviedo: Pentalfa.

Bueno, G. (2021). *El mito de la izquierda / El mito de la derecha*. Oviedo: Pentalfa.

Dugin, A. G. (2016). *Proyecto Eurasia: teoría y praxis*. Madrid: Hipérbola Janus.

Dugin, A. G. (2013). *La cuarta teoría política*. Barcelona: Nueva República.

Google Ngram Viewer. Disponible en <https://books.google.com/ngrams/>.

Gullo, M. (2021). *Madre Patria*. Madrid: Espasa.

Halperin Dongui, T. (2013). *Historia Contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza.

Kapp, E. (1845). *Philosophische oder Vergleichende allgemeine Erdkunde [Geografía general comparada]*, Westermann: Braunschweig.

Schmitt, C. (2007). *Tierra y mar*. Madrid: Trotta.

Zanatta, L. (2012). *Historia de América Latina. De la Colonia al Siglo XXI*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.

Recibido: 27 de Mayo de 2023.

Aceptado: 29 de Mayo de 2023.

Evaluated: 03 de Junio de 2023.

Aprobado: 07 de Junio de 2023.